

eran los que morian en sacrificio de su falsedad. En la desolacion de esta idolatría quedó enterrado en la cumbre donde estaba, y con las presuras del acabamiento todas sus joyas y ornamentos, quedaron sembrados por aquel espacio. Un vecino del mismo pueblo, movido de este cuidado y llevado de la curiosidad se fué á la cumbre, templo famoso de este dios y vagueando su contorno halló tres platoncillos de plata, como unas patenas, aunque mayores, labrados con el primor de ellas, y segun algunas tradiciones, eran los que tenia el ídolo en las orejas y narices: el sentido y significacion no se sabe. Y de este ejemplar usaron generalmente los tarascos: agujerarse las orejas y las narices lo cual hacian en Araró que significa lo mismo. El cual lugar, que es el de unos baños calientes, está junto al pueblo de Tzinapécuaro, donde se hacian otros muy particulares que por faltar con el tiempo la relacion es no los escribo: solo me contento con referir la veneracion del tarasco al sumo sacerdote, la frecuentacion del templo y puntualidad en pagar las primicias á su dios à quien juzgaban por autor y principio de sus bienes.

CAPITULO XI.

DE LOS RITOS Y CEREMONIAS DEL TARASCO; PARTICULARMENTE EN SUS ENTIERROS.

Es el tarasco de su natural muy ceremoniático y cuidadoso en el culto de su religion; y así en la verdadera, que es la que hoy profesa, es tan reverente y serio, que sus iglesias son las más bien servidas, adornadas y compuestas que mira hoy este Occidente, cuya relacion remito al libro 2.º Y así no causará novedad el oír el funeral de sus reyes, que por ser tan notable lo escribió el P. Torquemada y lo pongo aquí como lo hallé en su monarquia. (1)

(1) L. XIII' c. XVI, fol. 562.

Cuando el Caltzontzi, rey de Michoacan, se veia á los umbrales de la muerte, viendo que la naturaleza se postraba con el tiempo, reconociendo el funesto límite del Ocaso, nombraba al hijo mayor al que le habia de suceder en el gobierno, y hacíale que gobernase á sus ojos para darle luces de su experiencia, y con su sombra imprimir en la obediencia de los vasallos el reconocimiento de su nuevo dueño. Enfermando que enfermaba el rey viejo, se juntaban todos los médicos del reino, á consultar el buen acierto para salud del monarca. Y viendo que la ejecucion del decreto habia llegado á cobrar el tributo de quien jamás supo pagarlo, el nuevo rey convocaba á los grandes y señores de su corte, para que asistieran al último teatro de la vida. Todos los cabezas, señores y caciques concurrían á su asistencia, y el que faltaba se daba por traidor á la corona. Los que venían iban entrando por el palacio, y dándole el pésame al rey enfermo, le ofrecían muchos y muy ricos presentes. Y cuando los últimos parasismos impedían el imperial esfuerzo, y que iban ya á la muerte en el saco del alma, prohibían los del consejo que nadie le entrase á ver sino que solo con la muerte pudiese reparar sus golpes, para que las visitas, cumplimientos y lágrimas no

fuesen instrumento de alguna turbacion interna que divirtiese la atencion que se requiere en el último trance de la vida; qué lindo ejemplar, aunque gentil para los monarcas, principes y señores de hoy, que parece que guardan para la muerte los mayores embarazos, con que es muy difícil reducirse á la serenidad que requiere el sol de su grandeza para ponerse en el ataúd de la cama! Por que las agencias del testamento, las lágrimas de la familia, las voces de los privados y confidentes más son estorbos que sentimientos, y más inquietud que alivio: con que peligran en el estrecho de la vida, donde pensaron salvarse. Y prosiguiendo con nuestro funeral, á los demas que iban entrando, los retiraban á los salones grandes, donde estaban hasta que espirase.

Muerto el rey, el sucesor daba aviso á los demas señores concurrentes al espectáculo, para que entrando dentro, levantasen las voces y llorasen á su rey difunto, y todos juntos le amortajasen con las pompas y ceremoniales que usaba su profesion gentil. Lo primero que hacían era lavar todo el cuerpo, y luego vestirle una camisa y despues calzarle el cacle, timbre heroico de su valor: poniéndole en los tobillos unos cascabeles de oro, y en las muñecas unas sartas ó

manillas turquesas. Poníanle en la cabeza un trenzado de pluma con mucha argentería, arriates y apretadores de gran valor, y en la garganta muy ricos collares y gargantillas y en las orejas sus zarzillas y orejeras de oro. Atábanle en los molledos dos braceletes de oro y en la boca un broche de esmeralda, pendiente del labio inferior que llamaba el tarasco tentétl que significa la piedra de la boca. Hecho este adorno fantástico, estaba ya compuesta una cama de mantas de diversos colores sobre un tablado alto. Puesto el cuerpo sobre la cama ó desmentida tumba lo cubrían con una manta en que estaba pintado ó retratado el cadáver con los mismos adornos. Entonces salían las mujeres y lo lloraban con muchos suspiros y amargos sentimientos.

Hecho ya el túmulo, y el cuerpo en las andas se empezó á ejecutar la ley de que muerto el rey muriesen los que le habían de servir en el otro mundo, los cuales señalaba el que quedaba gobernando, así hombres como mujeres. De estas se señalaban siete señoras, para que cada una se ocupase en el oficio que le daban. La primera los bezotes que usaba el difunto rey los llevaba al cuello, los cuales eran de piedras muy preciosas y de infinito valor. Después de

esta señalaban camarera ó guardajoyas, servidora de copas y otra que diese aguamanos, una cocinera con sus criadas. De los varones se señalaban de todos oficios: ropero, peinador, el que le trenzaba el cabello, y otro para que le tejiese las guirnaldas y otro que le llevase la silla, leñador, mosqueador y aventador, zapatero y otro que llevase los olores, un remero y un barquero, barrendero y encalador, un portero para su real persona y otro para su damas, un plumajero, platero y oficial de arcos y flechas, dos ó tres monteros y algunos de los médicos de los que acá le erraron la cura: un truhan para referir novelas, porque no faltase del infierno oficio tan ocioso; un tabernero, y últimamente los músicos. Estos eran los que morían con él para servirle en el otro mundo, como si allá se habían de ver la cara: sin otros muchos que de su voluntad se ofrecían á la muerte, pensando gangrear la voluntad para que les hiciese mercedes: si bien no se les permitía que muriesen.

CAPITULO XIII.

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO.

Hecha la pompa y junto el acompañamiento á media noche en punto, sacaban de palacio el cuerpo y por delante todos los que habian de morir con guirnaldas en las cabezas y ungidos todos con una tinta amarilla, en hileras componian una procesion de condenados. En lugar de campanas, el doble ó clamor era en unas rodelas de tortuga con unos huesos de caimanes. Y en medio de esta confusion caminaba el féretro en ataúd en hombros de los hijos y señores más principales; y luego iban cantando á modo de

chanzonetas, alabanzas al cuerpo y lisonjas al sucesor. Todos estos que autorizaban el entierro iban vestidos de las insignias del valor y esfuerzo con que sirvieron á su rey. En medio de muchas luces resonaba la armonía de clarines y trompetas, y por delante se ocupaban muchos en barrer y limpiar las calles y caminos, hasta que llegaban al patio de los Theocales ó templos, donde ya estaba un gran monton de leña muy seca, ordenada y dispuesta; en cuyo contorno daban cuatro vueltas con grande pausa: y luego le ponian sobre el monton, con todo el aparato funeral y regio, cantándole los parientes como antes. Y acabado el llanto ponian fuego á la leña, para resolver en ceniza al que de su cosecha lo era. Y mientras ardia, chocaban y partian con porras y macanas á los criados que iban á servirle y para que el temor natural no trocarse la deliberacion de morir en cobardia para resistirse, los embriagaban primero. Muertos ya los enteraban detrás del templo del dios Curicaneri con todos los adornos, joyas é instrumentos que llevaban, arrojándolas de dos en dos en unas ollas grandes, sepulturas de su infelicidad. Du-

raba este acto de media noche al día, con asistencia de los referidos.

Hecho el cuerpo ceniza, la juntaban con las joyas derretidas, y todo junto lo llevaban á la puerta del templo, y puesto en una manta hacían un bulto con las mismas galas que tenía el cuerpo, y poníanle una máscara de turquesas y una rodela de oro á las espaldas y á un lado le ponían el arco y las flechas. Compuesta esta quimera hacían una gran sepultura en las gradas del templo, de más de dos estados, cuadrada y adornada muy bien, ponían dentro una cama de madera, y salía uno de los que llevan á sus dios á acuestas, y recibiendo las cenizas en los brazos, las llevaba á la sepultura y las ponía sobre la cama adornada ya de muchas preseas de oro y plata. Luego le ponían ollas, jarros y otras cosas del servicio doméstico. Este ministro ponía dentro del sepulcro una tinaja grande y metía dentro el bulto de las cenizas en forma de hombre y sentábalo vuelto el rostro al Oriente y tapada la tinaja se salía y luego sobre ella echaban muchas mantas y los huecos llenaban de cajas encoradas, que llamaban Patlacalli, y

todo esto con mucha ligereza, dejaban dentro: y todos los asistentes, plumajes y aderezos de sus bailes y fiestas, con otras joyas de infinito valor. Lleno el cuadro ó sepultura, por encima lo envigaban con su madero y la embarraban muy bien, conque por dentro parecía una hermosa bóveda, para diferenciarse de los demas que se llenaban de tierra.

Después de concluido el entierro, todos los que habían tocado al Caltzontzi y á los demas cuerpos, se bañaban, por preservarse de alguna peste, y juntos y congregados se volvían á palacio, donde sentados por su orden en asientos muy ricos y bien labrados, les daban de comer espléndidamente. Acabada la comida daban á cada uno su paño de algodón con que limpiarse, y estábanse en el atrio las cabezas bajas, el rostro triste y funesto, sin hablar palabra, cinco días. En este tiempo no se molía maíz, cesaba el comercio y no se encendía lumbre en toda la ciudad. Todos se retiraban sin cruzar las calles á ayunar por el alma de su rey. Los señores salían de noche é iban á la repultura á llorar y velar el sepulcro, por su órden y concierto, cuyo gobierno pendía del nuevo rey, para que la ostentación de tamaño aparato, fuese solo consuelo de los vivos y mayor tormento á los muer-

tos. Como lo siente San Agustin; *Proinde pompa funeris, agmina exequiarum, sumptuosa diligentia sepulturae monumentorum opulenta constructio vivorum sunt qualiacumque solatia non adjutoria mortuorum.*

CAPITULO XIII.

CÓMO REINANDO SINZICHA, ENTRARON LOS ESPAÑOLES EN ESTA TIERRA.

Llegó la monarquía de Michoacan al punto de mayor grandeza que se vió en estos reinos, por los muchos reyes que la gobernaron en el discurso de tantos siglos, con tanto acierto, valor y felicidad que pudo competir con la imperial de Occidente. Pero como el acabarse es muy ordinario, como lo fué en las mayores del mundo y en la primera de todas ellas que fué la Caldea, despues de quince siglos que son mil y quinientos años de prosperidad, que fué los que hubo desde el rey Nino hasta Baltazar, ¿la Per-

sa, Griega y Romana, qué es de ellas? Todas se acabaron y de su opulencia no quedó más que la memoria de haber sido. Así fué la de Michoacan que se acabó en Sinzicha, en quien no solo se ejecutó la ruina general del reino, sino aun lo que en las demas no se ha visto, que es la memoria de los que fueron, en esta se vé; pues hoy no la hay de los que la gobernaron: ejecutando en ella la maldicion que Dios echó á la Israel. *Cesare faciam ex hominibus memoriam eorum.* En fin, llegada la declinacion, entró heredando Sinzicha, muerto Sihuanga su padre, y quedaron con él otros cuatro hermanos, y como el reinar, como dice el filósofo, no admite compañía, empezaron los bríos del rey mozo á alterarse hasta que (temeroso de alguna rebelion), los mató asegurando la corona en la cabeza, con que desde entonces empezó á dirigir el gobierno con los medios que alcanzaba su capacidad.

Asegurado ya en el reino, y experto en la administracion del gobierno, gozaba de la tranquilidad que goza la prosperidad en la bonanza: si bien no dejaba de tener algunos cuidados tocantes á su conservacion, que zozobraban el gusto de poseerla, por las continuas contiendas que tenia con el emperador Moctezuma; émulo

continuo de su corona, por no poderla abatir á sus piés, viendo que hollaba glorioso todas las Occidentales, y que en aqueste triunfo no entrase la de Michoacan: antes bien con su esfuerzo hacia que al emperador le temblase la suya en la cabeza. En estas competencias forcejeaban los dos monarcas, cuando entraron los españoles en esta tierra que fué el año de 1520. Y como cometas del Oriente, asombraron á todo Occidente deshaciendo como soles las nubes que ofuscaban el cielo de los dos monarcas.

Bien se vé el alboroto que habria en todos estos reinos; así por ser la gente no conocida y tan belicosa, como por ver cumplidos los vaticinios de su declinacion y acabamiento. Segun y como mucho antes lo predigieron los viejos y ancianos (oráculos de estas gentes,) amonestando á sus hijos la venida de los españoles, por haberla visto escrita en la plana de los cielos, en una figura piramidal que parecia estar clavada y fija en medio del cielo; cuyo principio nacia de la tierra y subiendo hacia el cielo, se iba adelgazando de manera que llegaba hecha una punta como de saeta, clavándose en él; como despedida del arco. Y en el discurso de esta elevacion iba centelleando y chispeando con la espesura que suele un castillo disparado. Comen-

zaba esta llama en el punto de media noche, en Oriente y haciendo su curso al Poniente, cuando amanecía estaba en el mismo lugar que el sol en el medio dia; y así como salia en el Oriente perdia su resplandor, como si militase debajo de las leyes de las estrellas, y se desaparecia hasta la siguiente noche; esto duró un año cuotidianamente. Cuando estas gentes, del abismo de su gentilidad levantaban los ojos y veian esta llama, daban gritos y palmadas en las bocas multiplicando los sacrificios à los dioses para que les revelasen el misterio de ella.

Fuera de esta señal, se vieron otras en la cabeza de este nuevo mundo, indicando el fallecimiento de los miembros. Que fueron, quemarse repentinamente los templos de Huitzilopochtli, principio de la idolatria, y del dios Ciuchtecutli, los más venerados del imperio. Tambien cayó un cometa del cielo con tres cabezas y una cola muy larga hacia la tierra. Hirvió la laguna de México y espumó con tan grandes arcadas, que parecia vomitar las entrañas del averno, creciendo con tan grande exceso, que batia las casas de la ciudad, con que se cayeron muchas, en que conocieron la caída de la monarquia. Esto sucedió el año de 1499. Y el año de 1511 aparecieron en el aire unos hombres armados

peleando unos con otros; à esto se siguieron hambres y desdichas.

Pero lo que más me admira es, que pescando los de la laguna de México, à las vueltas cazaban, por ser la copia infinita, y entre algunas aves cazaron una parda, à manera de grulla, y por rara la llevaron al emperador Moctezuma. Dicen (segun afirma Torquemada) que tenia esta ave en la cabeza una diadema ó corona redonda, à manera de espejo diáfano ó trasparente, por el cual se veia el cielo y las estrellas: y [admirado el gentil monarca, volviendo à ver el espejo, vió muy gran numero de gentes que venian en forma de escuadrones repartidos en hileras, armados de guerra. Asombrado de esta novedad, llamó à sus agoreros le declarasen el misterio; estando ellos para echar sus juicios se desapareció el ave y creció la confusion. Corrieron estas nuevas à todos los reyes, y admirados del presagio empezaron à temer las ruinas y concebir la declinacion de sus reinos; así por las señales que habian visto en el cielo, como por los escuadrones que volando por el aire, se habian declarado en la diadema de esta ave. Todos los

cuales presagios se vieron cumplidos en la venida de los españoles, que fué cuando en la imperial ciudad de Mexico reinaba el gran Moctezuma, el segundo de este nombre, y en Michoacan el invencible Sinzicho, en quien feneció la real descendencia de los tarascos.

CAPITULO XIV.

CÓMO EL ÍNLITO FERNAN CORTÉS SAUÓ EN TIERRA;
DE LOS APRIETOS DE MOCTEZUMA Y COMO QUISO
CONFEDERARSE CON EL REY DE MICHUOACAN PARÁ
ESTORBARLE LA ENTRADA.

Despachado el ínclito capitan Cortés de la isla de Cuba al descubrimiento de nuevas tierras, siguiendo los mismos rumbos que Juan de Grijalva; llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y apenas los indios vieron los navíos, cuando concibieron cumplidos los presagios pasados, que indicaron su declinacion. Llenos, pues, de los alborotos que la novedad causa en pechos ignorantes y noveleros, al punto retrataron en man-

tas los navíos, y los despacharon por la posta al emperador, el cual los mirò con asombro, y tras cada guiñada arrojaban mil conjeturas. Si eran por ventura dioses que surcaban las aguas en vasos tan pequeños á quienes ellos llamaban casas; ó si acaso eran hijos del sol por venir del Oriente. Conmovidó de la novedad, despachò al punto postas con muchos presentes, para que escudriñasen qué gente era, el modo de sus navíos, el intento de su llegada; requiriéndoles qué se les ofrecia para que ellos les sirviesen con todo lo posible.

Oidos los requerimientos, aseguró las partes y quietó los ànimos con la prudencia que requeria el caso, y hecho dueño de las voluntades, saltó en tierra el gran capitán, donde fué recibido con sumo aplauso de los naturales; porque habia mandado Moctezuma los recibiesen, regalasen y sirviesen con mucha reverencia y sumision, enviando tras este mandato otro presente, con orden, que así como lo recibiese le requiriesen para que se fuese; pero no bastó porque el intento era pasar á donde él estaba. Púsose el gran capitán en camino para México. Las primeras facciones de Cempoala causaron tan grande estruendo, que venciendo á unos y granjeándose á otros tuvo lugar de franquear

el paso para verse con el emperador; cuyos cuidados eran tan grandes que hizo junta y llamó á consejo los mayores señores, à los más viejos y ancianos, para ver la resolución que habia de tomar en tan importante caso.

Ya en esta sazón el gran Cortés estaba confederado con el señorío de Tlaxcala, é impelido el Emperador de esta confederación, convocó sus hechiceros para que por arte del demonio estorbasen lo que él no podia con dádivas y súplicas y requerimientos. Ya el agua llegaba á la boca, porque la determinación del gran Capitán estaba declarada, de entrarle la imperial ciudad. Viendo pues que dentro de su imperio no hallaba remedio á sus ahogos, pues todo él no bastaba á reprimir el valor de Cortés, determinó buscarle fuera, aunque fuese à costa de su opinión.

Mediando pues estos aprietos, la imperial prudencia despachò embajador al rey de Michoacán proponiéndole la violencia de los hijos del sol, y el desacato de unos extrangeros que se querian alzar con sus tierras, despojarlos de sus coronas y profanar el culto y religion de sus dioses. Y que por tanto, temiendo la indignación de ellos, no les castigasen la remisión y descuido en la defensa, dejase antiguas enemistades y tratasen

de la restauracion de sus tierras; por quanto sentia algunas emulaciones y odios ocultos (que le daba más cuidado que el suyo siendo declarado) que habian de ser el cuchillo del imperio y el incendio de los demas; porque rendido él se habian de sujetar todos y consecuentemente el gran Caltzontzi de quien no seria bien decir que abatió el valor à cuatro extrangeros que no pudo sujetar el mayor monarca. Estas y otras razones (que más parecen efectos del temor que reconocimiento al esfuerzo del tarasco) le propuso para moverle á su defensa y reducirle á la resistencia de los españoles; porque ya Motezuma como se veia en las uñas del leon, por donde quiera que volvia los ojos no miraba sino angustias, que eran los aprietos de la guerra. *Angustia vallavit eum sicut regem qui præparatur ad prælium.* (Job, 13)

Pero como la defensa es natural y la resistencia al quitar de cada uno lo que es suyo, movió de manera el emperador al rey de Micoacan, que determinó confederarse y declarar la liga, para levantar de la una y otra parte numerosos ejércitos, que no solo resistiesen el curso tan violento del hijo del sol, sino que los debelasesen y prendiesen para sacrificarlos á los dioses. No dudo que aquel consentimiento álentase al emperador

por la satisfaccion que tenia del esfuerzo del tarasco para que de nuevo se alentase y tratase de la espulsion de los españoles que tan apretado le tenian. Pero como el estruendo no pára à donde dá el rayo, sino que pasa amenazando á todas partes, así el gran capitán daba el golpe en la cabeza y el estruendo pasaba amenazando á los demas reinos y provincias, y así todos escarmentaban en cabeza agena. Pero aconsejado el rey de Michoacan de sus sátrapas y magistrados, recurrieron à los vaticinios antiguos y hallaron la declinacion de la monarquía, y y mudaron de parecer, por hacer voluntarios lo que habian de obedecer violentos.